

*Alexander von Humboldt*

---

 RESUMEN

Interesante documento dado la información que presenta a su hermano y que se extiende cerca de un año: noviembre de 1801 y noviembre de 1802. Ofrece detalles geográficos, sociológicos y lingüísticos. A quienes acompañan a los viajeros, una suerte de vaquianos, le dicen cargueros y las cabañas se construyen con hojas de Heliconia. Casi dos semanas estuvieron “en esas soledades”, lugares que no han sido habitados previamente. La mayor dificultad era pasar de Popayán a Quito, donde tuvieron “una estadía de casi ocho meses [...], desde el comienzo de enero hasta el mes de agosto”. Y empleó “ese tiempo en visitar cada uno de los volcanes y hemos examinado una tras otras las cimas del Pichincha, Cotopaxi, Antisana e Iliniza.” Subió al colosal Chimborazo, no alcanzó la cima y aun así varios días después seguía afectado por la altura. Le abandonaron los nativos cargueros. Supo de manuscritos redactados en lengua Purugnay, la lengua general de Quito antes de la conquista incaica. Ha estudiado a más de cuarenta cocodrilos recién nacidos.

**Palabras clave:** Alexander von Humboldt, hermano, 1801, 1802, Ecuador.

 ABSTRACT

Interesting document given the information he presents to his brother and which spans about a year: November 1801 and November 1802. It offers geographical, sociological and linguistic details. Those who accompany the travelers, a sort of cowboys, are called cargueros and the huts are built with Heliconia leaves. They spent almost two weeks “in those solitudes”, places that have not been previously inhabited. The greatest difficulty was to go from Popayán to Quito, where they had “a stay of almost eight months [...], from the beginning of January until August”. And he used “that time to visit each of the volcanoes and we have examined one after another the peaks of Pichincha, Cotopaxi, Antisana and Iliniza.” He climbed the colossal Chimborazo, did not reach the summit and yet several days later was still affected by the altitude. He was abandoned by the native porters. He learned of manuscripts written in the Purugnay language, the general language of Quito before the Inca conquest. He has studied more than forty newborn crocodiles.

**Keywords:** Alexander von Humboldt, brother, 1801, 1802, Ecuador.



Lima, 25 noviembre 1802

Mi querido hermano, por mis cartas anteriores estarás al tanto de mi llegada a Quito. Llegamos atravesando las nieves del Quindío y del Tolima; porque como la Cordillera de los Andes forma tres ramas separadas y en Santa Fe de Bogotá nos encontrábamos sobre la más oriental, nos ha sido preciso pasar la más elevada para acercarnos a las costas del mar del Sud. Sólo los bueyes sirven para llevar el equipaje en este trayecto.

Los viajeros se hacen llevar generalmente por hombres que se denominan cargueros. Tienen una silla atada a la espalda en la cual se sienta el viajero, hacen tres o cuatro horas de camino por día y no ganan más de 14 piastras en cinco o seis semanas. Nosotros preferimos ir a pie; y, dado que el tiempo fue muy bueno, no pasamos más que 17 días en esas soledades donde no se encuentra ninguna huella de que hayan sido habitadas jamás; se duerme en cabañas formadas con hojas de Heliconia que uno lleva expresamente consigo. En la ladera occidental de los Andes, hay pantanos donde se mete uno hasta la rodilla. El tiempo había cambiado; los últimos días llovió a cántaros, nuestras botas se nos pudrieron en las piernas y llegamos con los pies desnudos y cubiertos de lastimaduras a Cartago, pero enriquecidos con una bella colección de nuevas plantas, de las que he sacado una gran cantidad de dibujos.

De Cartago fuimos a Popayán por Buga, teniendo siempre a nuestro lado la montaña del Chocó y las minas de platino que ahí se encuentran. Permanecimos el mes de noviembre del año 1801 en Popayán y fuimos a visitar las montañas basálticas de Julusuito, las bocas del volcán de Puracé, que desprendían con ruido aterrador vapores de agua hidro-sulfurosa, y los granitos porfíricos de Pisché, que forman 5 a 7 columnas esquinadas, parecidas a las que recuerdo haber visto en los Montes Euganeos de Italia, descritas por Strange.

Nos quedaba por vencer la mayor dificultad: ir de Popayán a Quito. Había que atravesar los páramos de Pasto, en la estación de las lluvias, que ya comenzaban. En los Andes se llama Páramo todo lugar que queda a la altura de 1.700 a 2.000 toesas,

donde termina la vegetación y se siente un frío que cala los huesos. Para evitar los calores del valle de Patía, donde se pesca en una sola noche fiebres que duran tres o cuatro meses y que son conocidas con el nombre de calenturas de Patía, pasamos la cima de la cordillera por espantosos precipicios de Popayán a Almaguer, y de ahí a Pasto, situada al pie de un terrible volcán.

La entrada y la salida de esta pequeña ciudad, donde pasamos las fiestas de Navidad, y donde los habitantes nos recibieron con la más conmovedora hospitalidad, es de lo más espantoso que hay en el mundo. Se trata de espesos bosques situados entre los pantanos; las mulas quedan medio cuerpo enterradas; y se atraviesan gargantas tan profundas, tan estrechas, que se creería estar en las galerías de una mina. Los caminos están también pavimentados de huesos de mulas que han muerto de frío y de fatiga. Toda la provincia de Pasto, comprendidos los alrededores de Guachucal y de Túquerres, es una planicie helada, casi por encima del nivel en el que puede existir la vegetación y rodeada de volcanes y minas de azufre que exhalan continuamente torbellinos de humo. Los desdichados habitantes de estos desiertos no tienen más alimento que las patatas y si les llegan a faltar, como pasó el último año, van a las montañas a comer el tronco de un pequeño árbol llamado achupalla (*Fouretia pitcairnia*), pero dado que ese mismo árbol es el alimento de los osos de los Andes, frecuentemente estos les disputan el único alimento que les ofrecen estos elevados parajes. Al norte del volcán de Pasto he descubierto en el pequeño pueblo indígena de Voidaro, a 1.370 toesas sobre el nivel del mar, un pórvido rojo, de base arcillosa, incrustado de feldespato vítreo y una cornalina que tiene todas las propiedades de la serpentina del Fichtel-Gebirge. Ese pórvido tiene tres polos muy marcados y no muestra ninguna fuerza de atracción. Después de habernos empapado día y noche durante dos meses y de estar a punto de ahogarnos cerca de la ciudad de Ibarra, por una repentina creciente acompañada de temblores de tierra, llegamos el 6 de enero 1802 a Quito, donde el marqués de Selvagre había tenido la bondad de prepararnos una hermosa casa, que, después de tantas fatigas, nos ofrecía todas las comodidades que se pueden desear en París o en Londres.



La ciudad de Quito es bella, pero el cielo es triste y nublado; las montañas vecinas ofrecen poco verdor y el frío es considerable. El gran temblor de tierra del 4 de febrero 1797, que estremeció toda la provincia y mató de un solo golpe 35-40.000 habitantes, también ha sido a este respecto funesto para sus moradores. Ha cambiado a tal punto la temperatura ambiente, que el termómetro permanece generalmente a 4-10° de Réaumur, y pocas veces sube a 16 o 17, mientras que Bouguer lo veía constantemente a 15 o 16°. Después de esa catástrofe hay continuos temblores de tierra; ¡y qué sacudidas! Es probable que toda la parte alta de la provincia no sea más que un solo volcán. Lo que llaman las montañas del Cotopaxi y de Pichincha, no son más que pequeñas cimas, cuyos cráteres forman diferentes canales que convergen en el mismo hueco. Desgraciadamente, el temblor de tierra 1797 no ha hecho más que ratificar esa hipótesis; porque la tierra se abrió en ese momento por todas partes, y vomitó azufre, agua, etc. Pese a los horrores y los peligros con que los ha rodeado la naturaleza, los habitantes de Quito son alegres, vivos y amables. Su ciudad sólo respira voluptuosidad y lujo y en ningún lado como allí reina un gusto más decidido y general de divertirse. Así es como el hombre se acostumbra a dormir apaciblemente al borde de un precipicio. Hemos tenido una estada de casi ocho meses en la provincia de Quito, desde el comienzo de enero hasta el mes de agosto. Hemos empleado ese tiempo en visitar cada uno de los volcanes hemos examinado una tras otra las cimas del Pichincha, Cotopaxi, Antisana e Iliniza, pasando 15 días a tres semanas cerca de cada una de ellas, y volviendo en los intervalos hasta la ciudad de Quito, de donde partimos el 9 de junio 1802 para llegar a los alrededores del Chimborazo que está situado en la parte meridional de la Provincia.

Volví dos veces, el 26 y 28 mayo 1802, al borde del cráter del Pichincha montaña que domina la ciudad de Quito. Hasta ahora, que se sepa, sólo La Condamine la había visto y el propio La Condamine llegó sólo después de 5 ó 6 días de búsquedas inútiles y sin instrumentos, y no pudo permanecer sino 12 a 15 minutos a causa del frío excesivo que hacía. Yo he podido llevar mis instrumentos, he tomado las mediciones que era interesante conocer, y he recogido aire para analizar. Mi primer viaje lo hice solo con un

indio. Como La Condamine se había aproximado al cráter por su parte baja, cubierta de nieve, mi primera tentativa la hice siguiendo sus huellas. Pero estuvimos a punto de morir. El indio se enterró hasta el pecho en una grieta, y vimos con horror que habíamos caminado sobre un puente de hielo; porque a pocos pasos de nosotros habla agujeros por donde se veía la luz del día. Nos encontramos, sin saber lo, en las bóvedas que sostienen el propio cráter. Espantado, pero no descorazonado, cambié de plan. Del círculo del cráter salen, enlazándose por así decirlo sobre el abismo, tres picos, tres rocas que no están cubiertas de nieve, porque los vapores que exhala la boca del volcán la funden continuamente. Trepé por una de esas rocas y encontré en la cima una piedra que, sostenida por un solo lado y excavada por debajo, avanzaba a manera de balcón sobre el precipicio. Ahí me instalé para hacer mis experiencias. Pero esta piedra no tiene más que 12 pies de largo por seis de ancho y se mueve fuertemente por sacudones frecuentes de temblores de tierra, de los que contamos diez y ocho en menos de treinta minutos. Para examinar mejor el fondo del cráter, nos acostamos cara a la roca creo que no hay imagen para describir algo más triste, más lúgubre y más aterrador que lo que vimos la boca del volcán forma un agujero circular de más de una legua de circunferencia cuyos bordes, tallados a pico, están cubiertos de nieve en lo más alto, el interior es de un negro intenso, pero el hueco es tan inmenso, que se distinguen las cimas de muchas montañas ubicadas ahí dentro. Sus cimas parecían estar a trecientas toesas por debajo de nosotros. Imagina donde estarían sus bases. No dudo que el fondo del cráter quede al nivel del la ciudad de Quito. La Condamine encontró ese cráter apagado y cubierto de nieve, pero debimos llevarles a los habitantes de Quito la triste noticia de que el volcán que les queda al lado está en erupción actualmente. Nos convencieron signos demasiado evidentes como para dudar de ellos. Los vapores de azufre nos sofocaron con sólo acercar la boca, veíamos pasearse aquí y allá llamas azuladas; y cada 2 ó 3 minutos sentimos fuertes sacudidas de temblores de tierra que agitaban los bordes del cráter, que no eran visibles a 100 toesas de ahí. Yo supongo que la gran catástrofe de 1797 encendió también los fuegos del Pichincha. Después de haber visitado solo esa montaña, volví dos días después, acompañado de



mi amigo Bonpland y de Charles de Montúfar, hijo del Marqués de Selvaegre. Estábamos aún más provistos de instrumentos que la primera vez y medimos el diámetro del cráter y la altura de la montaña. Hallamos uno en 754 toesas, y la otra en 2.477. En el intervalo de dos días que transcurrieron entre nuestras dos visitas al Pichincha, tuvimos un temblor de tierra muy fuerte en Quito. Los indios lo atribuyeron a los polvos que yo había echado al volcán.

En nuestro viaje al volcán de Antisana el tiempo nos favoreció tanto, que subimos hasta la altura de 2.773 toesas. El barómetro bajó en esta elevada región hasta 14 pulgadas 27 líneas y la poca densidad del aire nos hizo echar sangre por la boca, las encías y hasta por los ojos. Sentimos una debilidad extrema y uno de los que nos acompañaba en la expedición se desmayó. También hasta ahora se habla creído imposible subir más alto que hasta la cima llamada Corazón hasta donde llegó La Condamine y que tiene 2.470 toesas. El análisis del aire en el punto más alto de nuestra excursión nos dio 0,008 de ácido carbónico sobre 0,218 de gas oxígeno.

Visitamos igualmente el volcán de Cotopaxi, pero nos fue imposible llegar a la boca del cráter. No es cierto que esta montaña se haya reducido en el momento del temblor de tierra de 1797.

El 9 de junio 1802, partimos de Quito para llegar a la parte meridional de la provincia, donde queríamos examinar y medir el Chimborazo y el Tunguragua y trazar el mapa de todos los países afectados por la gran catástrofe de 1797. Pudimos acercarnos hasta aproximadamente 250 toesas cerca de la cima del inmenso coloso del Chimborazo. Un rodadero de rocas volcánicas, desprovistas de nieves, nos facilitó la subida. Subimos hasta la altura de 3.031 toesas, y nos sentimos perturbados del mismo modo que en la cima del Antisana. Dos o tres días después de nuestro retorno a la planicie, seguimos aquejados de un malestar que sólo pudimos atribuir al efecto del aire en esas elevadas regiones, cuyo análisis nos dio 20 c., de oxígeno. Los indios que nos acompañaban nos dejaron antes de llegar a esa altura, diciendo que queríamos matarlos. Nos quedamos solos Bonpland, Charles (de) Montúfar, yo y uno de mis criados, que llevaba una parte de mis instrumentos. Hubiéramos

seguido a pesar de todo nuestro camino hasta la cima, si una grieta demasiado profunda para franquearla no nos lo hubiera impedido; hicimos bien en descender. Caía tanta nieve a nuestro alrededor que casi no podíamos reconocernos. Poco preparados contra el frío penetrante de esas elevadas regiones, sufrimos horriblemente, y yo, en particular, tuve la desgracia de tener un pie ulcerado por una caída de pocos días antes; lo que me incomodó horriblemente en un camino donde, cada vez que golpeaba una piedra aguda, debía retroceder unos pasos. La Condamine halló la altura del Chimborazo cerca de las 3.217 toesas. La medición trigonométrica que yo hice en dos oportunidades distintas, me ha dado 3.267 y concedo cierta confianza a mis operaciones. Todo ese enorme coloso (lo mismo que las demás montañas de los Andes), no es granito sino, del pie a la cima, de pórfido, y el pórfido tiene 1.900 toesas de espesor. El poco rato que pasamos a la enorme altura que alcanzamos fue de los más tristes y lúgubres. Estábamos envueltos en una bruma que sólo nos dejaba entrever de cuando en cuando los espantables abismos que nos rodeaban. Ningún ser vivo, ni siquiera el cóndor que, en la Antisana, planeaba continuamente sobre nuestras cabezas, vivificaba los aires. Pequeños musgos eran los únicos seres organizados que nos recordaban que aún estábamos en una tierra habitada.

Es verosímil que el Chimborazo, como el Pichincha y el Antisana, sea de naturaleza volcánica. La huella por la cual subimos está compuesta de una roca calcinada y escoriácea, mezclada de piedra pómez, se asemeja a todas las corrientes de lava de este país y continúa más allá del punto donde fue preciso terminar las investigaciones, hacia la cima de la montaña. Es posible, casi probable, que esta cima sea el cráter de un volcán apagado. Sin embargo, la sola idea de esta posibilidad, hace estremecer, con razón. Porque si el volcán se encendiera de nuevo, el coloso destruirla toda la provincia.

La montaña de Tunguragua se achicó en el momento del temblor de tierra de 1797. Bouger le da 2.620 toesas; yo no le he encontrado sino 2.431. Ha perdido, pues, cerca de 100 toesas de su altura. Los habitantes de los lugares vecinos también aseguran haber visto desmoronarse la cima ante sus ojos.



En nuestra estada en Río Bamba, donde pasamos algunas semanas en casa del hermano de Charles de Montúfar, que es corregidor, la casualidad nos hizo hacer un descubrimiento muy curioso. Se ignora absolutamente el estado de la provincia de Quito antes de la conquista del Inca Tupac Yupanqui. Pero el Rey de los Indios, Leandro Zapla, que vive en Lican y que, para ser un indio, tiene un espíritu singularmente cultivado, Conserva manuscritos redactados por uno de sus antepasados en el siglo dieciséis, que contienen la historia de esa época. Estos manuscritos están redactados en lengua Purugnay. En otros tiempos ésta era la lengua general de Quito; pero con el correr de los tiempos ha cedido a la lengua del Inca o quechua, y hoy día se ha perdido. Felizmente otro de los antepasados de Zapla se entretuvo en traducir esa lengua al español. Conseguimos así datos preciosos respecto a la época memorable de la erupción de la montaña llamada Nevado del Altar, que debe haber sido la montaña más alta del universo, más alta que el Chimborazo, y que los indios llamaban Capacurcu, jefe de las montañas Ouaina Abomatha, el último cochocando (Rey), independiente del país, reinaba entonces en Lican. Los sacerdotes le advirtieron que esa catástrofe era el siniestro presagio de su fin. “La faz del universo -le dijeron- cambia, otros dioses expulsan a los nuestros. No resistamos la orden del Destino”. En efecto los peruanos introdujeron en el país el culto al Sol. La erupción del volcán duró siete años, y el manuscrito de Zapla pretende que la lluvia de cenizas en Lican era tan abundante que durante siete años se hizo la noche perpetua. Cuando se mira la cantidad de materias volcánicas que se encuentran en la llanura de Tapia, alrededor de la enorme montaña que se desmoronó, y se piensa que el Cotopaxi ha envuelto a menudo a Quito en tinieblas que duran de quince a diez y ocho horas, se puede creer que la exageración no es tan desproporcionada.

Ese manuscrito, las tradiciones que recogí en el Parima, y los jeroglíficos que he visto en el desierto de Casiquiare donde no queda hoy día vestigio humano, todo esto unido a las nociones dadas por Clavijero sobre la emigración de los Mexicanos hacia el mediodía de la América, me hace surgir ideas sobre el origen de esos pueblos, que me propongo desarrollar cuando tenga el tiempo necesario.

También me he ocupado mucho del estudio de las lenguas Americanas, y he comprobado cuán falso es lo que dice La Condamine respecto a su pobreza. La lengua Caribe, p.e., es a la vez rica, bella, enérgica y educada. No le faltan expresiones para las ideas abstractas, se habla de posteridad, de eternidad, de existencia, etc., y los signos numéricos alcanzan para designar todas las combinaciones posibles de las cifras. Me dedico sobre todo a la lengua Inca, se la habla comúnmente aquí en la sociedad y es tan rica en flexiones finas y variadas, que los jóvenes, para decirle ternezas a las mujeres, comienzan a hablar en Inca cuando han agotado los recursos del castellano.

Esas dos lenguas, y algunas otras igualmente ricas, bastarían para probar que la América poseyó alguna vez mucha mayor cultura que la que encontraron los españoles en 1492. Pero tengo muchas otras pruebas. No solamente en México y en el Perú, sino también en la Corte del Rey de Bogotá (país cuya historia se ignora absolutamente en Europa, pese a que la mitología y sus fabulosas tradiciones son muy interesantes), los Sacerdotes sabían trazar un meridiano y observar el momento del solsticio; reducían el año lunar a un año solar mediante intercalaciones y yo mismo poseo una piedra heptagonal, encontrada cerca de Santa Fe, que les servía para calcular sus días intermedios. Pero más aún; hasta en Erevato, en el interior del Parime, los salvajes creen que la Luna está habitada por hombres y saben, por las tradiciones de sus antepasados, que su luz viene del Sol.

De Río Bamba dirigí mis pasos al famoso Páramo del Azuay hacia Cuenca. Pero visité entretanto las grandes minas de azufre de Tiskán. Esta montaña de azufre es la que los Indios quisieron incendiar, alzados después del temblor de tierra de 1797. Sin duda se trataba del proyecto más desesperado que pudo conocerse nunca. Porque esperaban formar de esa manera un volcán que tragara toda la provincia de Azuay.

En lo alto del páramo de Azuay, a una altura de 2.300 toesas, están las ruinas del magnífico camino del Inca. Conducía casi hasta el Cuzco, estaba enteramente construido de piedras talladas muy bien alineadas;

se parecía a los más bellos caminos romanos. En los mismos alrededores también se encuentran las ruinas del Palacio del Inca Tupac Yupanqui, del cual La Condamine ha dado la descripción en las Memorias de la Academia de Berlín. Todavía pueden verse, en la cantera que ha suministrado las piedras, muchas a medio tallar. Yo no sé si La Condamine ha hablado también del llamado Billar del Inca.

Los Indios llaman a este sitio, en lengua Quechua, Inca Chungana, el juego del Inca. Sin embargo dudo mucho que haya tenido este uso. Se trata de un canapé tallado en la roca, con ornamentos en forma de arabescos, por los cuales se piensa que corría la bola. No hay nada más elegante en nuestros jardines ingleses, y todo prueba el buen gusto del Inca. Porque el lugar está emplazado de manera de gozar de una deliciosa vista. No lejos de ahí, en un bosque, se encuentra una mancha redonda, de hierro amarillo, en la arcilla. Los Peruanos la adornaron con figuras, creyendo que era la imagen del Sol. He hecho un dibujo.

Nos quedamos sólo diez días en Cuenca y de ahí nos fuimos a Lima por la provincia de Jaén, donde, en la vecindad del río Amazonas, pasamos un mes. Llegamos a Lima el 23 de octubre 1802.

Pienso ir de aquí en el mes de diciembre a Acapulco y de ahí a México para llegar, en el mes de mayo 1803, a La Habana. De ahí, sin perder tiempo, embarcaré para la España. He abandonado, como ves, la idea de regresar por las Filipinas. Habría hecho una enorme travesía marítima sin ver otra cosa que Manila y el Cabo; y en caso de haber querido hacer una visita a las Indias orientales, no tendría las facilidades necesarias para el viaje, imposibles de obtener desde aquí.

Hemos tenido más de cuarenta o cincuenta cocodrilos recién nacidos, y he hecho experiencias curiosas respecto a su respiración. Mientras que otros animales disminuyen el volumen del aire donde habitan, el cocodrilo lo aumenta. Un cocodrilo colocado en 1.000 partes de aire atmosférico, que contiene 274 de gas oxígeno, 15 de ácido carbónico y 774 de ázoe, aumenta en 1 hora 43' esta masa en 124

partes, y esas 1.124 partes contienen (lo he comprobado mediante un análisis exacto), 106,8 de oxígeno, 79 de ácido carbónico, y 938,2 de gas ázoe mezclado con otras sustancias gaseosas desconocidas. El cocodrilo produce, por consiguiente, en 1 hora 3/4, 64 partes de ácido carbónico, absorbe 167,2 de oxígeno, pero como 46 partes se encuentran en 64 partes de ácido carbónico, no se apropia más que 121 de oxígeno, lo cual es muy poco, visto el color de su sangre. Produce 277 partes de ázoe o de otras sustancias gaseosas, sobre las cuales las bases acidificables no ejercen ninguna acción.

He hecho experimentos en la ciudad de Mompox con el agua de cal y el gas nitrado muy cuidadosamente preparado. El cocodrilo es tan sensible al gas ácido carbónico y a sus propias exhalaciones, que muere cuando se lo mete en el aire corrompido por uno de sus compañeros. Sin embargo puede vivir dos o tres horas sin respirar. He hecho experimentos con cocodrilos de siete a ocho pulgadas de largo. A pesar de ese tamaño mínimo, son capaces de cortar un dedo con sus dientes y se atreven a atacar un perro. Estas experiencias son muy peligrosas y exigen mucha circunspección. Llevamos descripciones muy detalladas del caimán o cocodrilo de la América meridional; pero como las descripciones del de Egipto que teníamos a mi partida de Europa no eran igualmente detalladas, no me atrevo a decidir si se trata de la misma especie. Seguramente, en la actualidad el Instituto de Egipto habrá hecho descripciones que borrarán cualquier duda al respecto. Lo cierto es que hay tres diferentes especies de cocodrilos bajo los Trópicos del Nuevo Continente, que el pueblo distingue con los nombres de Baba, Caimán y Cocodrilo. Ningún naturalista ha señalado hasta ahora satisfactoriamente las especies, y sin embargo estos monstruos son los verdaderos pescados de estos dimas, ya sea (como en el caso de Nueva Barcelona) peces pacíficos al punto que uno se baña bajo su mirada, sea, (como en la Nueva Guayana), tan feroces y crueles que cuando estuvimos allá se comieron un Indio en mitad de la calle, en el embarcadero. En Orotuen vimos una muchacha India de dieciocho años, a quien un cocodrilo había apesado un brazo. Tuvo el coraje de buscar con la otra mano su cuchillo en el bolsillo y de asestar tantos golpes en los



ojos del monstruo, que éste la soltó, seccionándole el brazo cerca de la espalda. La presencia de ánimo de esta muchacha fue tan asombrosa como la destreza de los indios para curar felizmente una herida tan peligrosa. Se hubiera dicho que el brazo había sido amputado y tratado en París.

Cerca de Santa Fe se encuentran en el Campo de Gigante, a 1.370 toesas de altura, una inmensidad de huesos fósiles de elefante, tanto de la especie de Africa como de los carnívoros que se descubrieron en Ohio. Hemos hecho cavar y hemos enviado ejemplares al Instituto Nacional. Dudo mucho que se hayan encontrado hasta ahora esos huesos a semejante altura. También he recibido huesos de un lugar de los Andes situado a 2° de latitud, de Quito y de Chile, de manera que puedo probar la existencia y la destrucción de esos elefantes gigantescos, desde el Ohio hasta la Patagonia. Llevo una bella colección de esos huesos fósiles para M. Cuvier, Hace quince años se descubrió, en el valle del Magdalena, un esqueleto entero de cocodrilo petrificado en una roca calcárea, se rompió por ignorancia, y me ha sido imposible encontrar la cabeza que existía hasta hace poco tiempo.

**FUENTE:** Humboldt, A. de. (1980). *Cartas americanas*. (pp. 80-87). Biblioteca Ayacucho.